EN MEMORIA DE UN GRAN AMOR[88]

I

Conocí esta leyenda, que es una triste historia de amor, cierta noche de abril, mientras me emborrachaba de luz de luna y de rumores de mar. En el cementerio del pueblo —un pueblo costero de Batangas[89], al que había llegado aquella misma tarde— me había llamado la atención un túmulo de suntuoso mármol labrado que entre las demás tumbas humildes era como un traje de seda entre batistas y percales. Leí estas palabras, que me hicieron sonreír irónicamente, grabadas en oro sobre el túmulo: EN MEMORIA DE UN GRAN AMOR[90]. Nada más. Ni un nombre, ni una fecha siquiera. Sólo se notaba sobre la lisa superficie del mármol el lento avance del tiempo en la amarillenta costra que lo iba invadiendo.

Pregunté, indagué. Y un buen viejo, celoso guardián de cuentos y consejas del lugar, me contó complaciente y complacido esta leyenda, sentados los dos sobre la quilla de una *banca*[91] volcada en un rincón cualquiera de la playa.

II

Ella —llamémosla Julia— era la moza más garrida del pueblo. Él—llamémoslo Fernando— era el mozo de más bríos en el lugar.

---

[88] *Primer premio en un concurso de cuentos organizado por *La Tribu de Rami,* una asociación cívico-social de Manila.

[89] Como se explica en la introducción Laygo era de Batangas, una provincia al sur de Manila en la isla de Luzón. La capital, del mismo nombre, es una ciudad y puerto muy importante.

[90] Vid. la introducción, pág. xxx.

[91] Es una barca pequeña de madera con unos refuerzos laterales de bambú a modo de brazos unidos entre sí como punto de apoyo o enganche para hacerla más estable. Su vela es triangular, va unida a una larga verga montada en un ángulo del mástil en la dirección de popa a proa. Existe en Filipinas y en muchas islas del Pacifico, tiene su origen en Indonesia.

Habían crecido juntos, jugando a los mismos juegos y juntos sintieron la revelación del primer cariño.

—Te querré toda la vida, por sobre todas las cosas —había jurado Fernando un día.

—Te querré como se quiere a la Virgen —había murmurado Julia.

Se amaron. Y como eran todavía un poco chiquillos, siguieron jugando, y jugando a amores que muchas veces no acertaban a definir cuando eran juego y cuando eran amores. Pero en el fondo de todos sus juegos había siempre el reflejo del amor de sus almas. Así, cuando estaban los naranjos en flor, subíase a todos los naranjos el galán y los despojaba de todas sus flores. Y quedaba coronada de azahares la novia pudorosa que no sabía si protestar o morirse de delicia, mientras el novio decíale frases galantes al oído:

—Así estarás ante el altar muy pronto. Yo tengo tres *cavanes* sembrados de *palay* y muy poca suerte he de tener si con la cosecha no consigo levantar una casita, humilde y pequeña, pero mía, en el altozano más besado de sol. Y entonces…

Se cubría pudibunda el rostro la mujer, y el rubor empurpurábala toda, mientras seguía con sus visiones el hombre:

—Y en esa casita estaremos solos los dos con nuestro cariño. Solos para fabricar bajo el azul del cielo nuestro propio cielo hecho del azul del ensueño...

Y de pronto, sobre la paz del poblacho cayó como un trueno la noticia. El país entero se levantaba en armas. El país entero se lanzaba al combate, con el *bolo* libertador prendido a la cintura. La sangre empezaba a teñir de rojo el verde aterciopelado de los *palayales*.

Se animó el pueblo, con los comentarios, mientras las madres y las esposas y las novias temblaban de miedo por sus hombres.

—Allá ellos —decían unos— no hemos de malograr nuestras cosechas con luchas que no comprendemos.

—¿Qué mayor libertad —añadían otros —que esta libertad a plena luz y a pleno aire de los campos sin horizontes?

A veces cruzaban el pueblo grupos compactos de gentes de otros pueblos.

—¿A dónde vais? —les preguntaban.

—A la guerra vamos...

Tenían los rostros serios y en ellos pintada la sorda determinación de vencer o morir en el empeño. Fernando los veía pasar y se admiraba de la recia voluntad de aquellos hombres que iban a la muerte sin la menor vacilación. ¿Por qué? ¿Por quién?

—La Patria —le explicó uno que se había detenido un momento a beber— está por encima de todos los amores.

Y mientras dábale las gracias, le hizo una pregunta que fue a clavársele como un venablo en pleno corazón.

—Y vosotros, ¿qué hacéis que no vais a la guerra?

—Y vosotros, ¿qué hacéis que no vais a la guerra?

Le estuvo acosando a Fernando, a todas horas, la pregunta. No tenía un concepto claro del vocablo patria. La suya la tenía concentrada en bien poca cosa, en el pueblo, en menos todavía, en el pequeño pedazo de tierra que labraba todos los días. Pero a ese pedazo lo amaba con toda la fuerza de su alma, con la misma fuerza con que amaba a Julia, y sabía que si algún día se lo arrebataban, habrían de pasar por encima de su cadáver. Y si no era por ese pedazo de tierra, que nadie discutía y que todos reconocían como suyo, ¿por qué patria iba él a lanzarse a la lucha sin más armas que un *bolo*?

—Y además —pensó Fernando— esos que van a la guerra tendrán, como yo, sus Julias del corazón. Y ¡bien poquito corazón deben tener quienes dejan atrás a sus novias para buscar la muerte!...

Pero una tarde de honda meditación, mientras la agonía del sol ponía trazos de sangre sobre el mar, Fernando creyó comprender un poco. Con alzar la vista, bien echaba de ver que no era su pequeña

tierra el mundo, ni era solamente aquella su tierra porque él era del país donde había nacido, de todo aquel país que era tan grande. Y pensó más. Todos estos vecinos suyos, todos los de los pueblos contiguos eran hermanos suyos y así tenía que considerarlos si frente a ellos se ponía gente de otra tierra. Y así era el caso. Era de otra tierra la gente con quienes luchaban a muerte sus hermanos. ¿No era una deserción la indiferencia? ¿No había realmente por encima de la pequeña tierra que se labra todos los días otra patria por la que debieran luchar todos?

Por el pueblo pasó una noche un grupo, de vuelta de la lucha. Llevaban en improvisada camilla de ramas y hojas a un hombre herido.

—A poco más lo mataba el enemigo —explicaron sus compañeros—; una bala le atravesó un hombro, y poco faltó para que le partiese el corazón.

Hirvió de ira el alma de Fernando. Era un hermano, este herido a quien a poco más mataba el enemigo de todos. Era suya la sangre que el herido había vertido. Y era por aquella patria —que era del herido y de él— por la que había estado a punto de morir.

—Volveremos después —continuaron sus compañeros— porque a este hay que vengarlo...

Y otro añadió todavía:

—Y ¡deben vengarlo todos cuantos no se sientan cobardes!

¡Cobardes!..., ¡cobardes! ¡Él era uno, que se pasaba las tardes hablando de amor en la playa, sin que ni una vez las olas tintas de rojo en las agonías de sol le evocasen la sangre que iban derramando sus hermanos! ¡Él era uno que tenía concentrada toda su patria en el pedazo breve de tierra que roturaba todos los días, sin pensar ni una vez que en otros campos iba la muerte abriendo surcos para los hermanos suyos que luchaban! Se decidió. Sería fuerte. Pondría por encima del amor a la Julia de su corazón el amor a su patria.

Y fue a ver a Julia, transverberada de nuevo cariño el alma.

—Voy con esos —le dijo breve— a la guerra.

Abatió su cabeza, temeroso de una repulsa, de una queja que pudiese hacerlo vacilar en la decisión. Y fue con asombro suyo, con un enorme asombro suyo que oyó a la altísima novia de su corazón:

—Bien segura estaba de que sabrías ser, como los otros, valiente. Vete, vete y lleva contigo mi cariño. Yo, yo estaré esperándote...

Se unieron en un abrazo de santa pureza. En la magnitud de su cariño supieron hacer del amor a la patria, no un rival, sino otro eslabón ¡para estrechar más los lazos del amor suyo!

IV

Julia estuvo esperando meses y meses. Fueron volviendo otros del pueblo que habían seguido el ejemplo de Fernando. Pero a las preguntas de Julia contestaban con evasivas:

—No sabemos nada, nada... Fuimos enviados a diferentes puestos. Es posible que haya tenido que trasladarse a otra provincia.

Al encontrarse solos, los compañeros de Fernando se enjugaban los ojos. Fernando no volvería, Fernando había quedado en el campo, de cara al cielo, con el pecho abierto por un balazo...

Julia estuvo esperando años y años, y nunca perdió la fe en la vuelta del amado:

—Volverá, volverá... —solía exclamar la pobre.

Envejeció. Perdió la memoria, perdió un poco la razón. Pero jamás olvidó la cantinela:

—Me lo dice el corazón: ¡volverá!

Una buena tarde de mayo, mientras moría desangrándose el sol sobre el mar, la sufrida mujer murió. Y en el último resplandor de los ojos parecía brillar la inextinguible luz de la esperanza tenaz: volvería Fernando...

—¿Y el túmulo de mármol? —pregunté al viejo que me narró la historia.

—Lo costearon los vecinos del pueblo conmovidos por la magnífica lealtad de esta pobre mujer. Un estudiante de derecho, recién llegado de Manila, literario y sentimental, mandó grabar esas palabras: En memoria de un gran amor.